

### ***Poesía de la memoria***

Mabel Poblet lleva a las artes visuales una práctica largamente enraizada en la historia de la cultura: el registro de los viajes. Desde la antigüedad los viajeros dejaron constancia de sus desplazamientos a tierras conocidas o por conocer. En esas crónicas, por muy diversas que fueran y con independencia de la época en que fueran escritas, se trataba siempre de descubrir y compartir nuevas experiencias.

En el caso de Mabel el relato no es lo que realmente importa. Cada una de las piezas de este diario de viajes apuesta a lo sensorial y funciona como un palimpsesto. Impresiones, recuerdos, girones de la memoria se presentan como capas superpuestas hilvanadas por la idea de la acumulación y la síntesis, instancias que parecieran contradictorias, pero no lo son dado el carácter integrador del resultado artístico.

Al espectador no le debe interesar hallar referencias cronológicas ni puntuales sobre el origen ni las circunstancias de cada una de las imágenes. Lo relevante es el conjunto que habita en el interior de cada una de las piezas, es decir, la percepción de estar ante mosaicos donde el significado va más allá de la especificidad de la historia.

De manera que nos hallamos frente a una propuesta ante la cual la orientación de los sentidos vale más que una anécdota. Los fragmentos se incorporan como la articulación de múltiples realidades que conducen a una nueva realidad. Esto es posible porque la artista trabaja desde las instancias de la sugerencia poética e incita al espectador a construir una metáfora del viaje, una memoria que puede ser tan suya como de otros.

Por supuesto que debe descubrir las claves de cada realización visual. Ahí están las ciudades, tramas urbanas que en dos de las obras de esta serie se hacen evidentes. En una, el foco se dirige al reflejo físico de la aridez, al impacto del tiempo sobre la realidad física del paisaje urbano dejando en la pupila una huella incandescente que mucho tiene que ver con la erosión de los días. En otra, también armónicamente concebida, calles, casas, puertas, fachadas, de disímiles procedencias revelan itinerarios que alguna vez

fueron ciertos y ahora se convierten en una evocación lírica de lugares que bien pudieran ser soñados.

Mabel concede importancia a la geometría evocadora de las pirámides. Incluso las hace figurar como formaciones que rebasan la escala bidimensional. Ciertamente este tipo de estructuras encierra una especie de misterio pitagórico, por la regularidad de sus proporciones, su antiguo linaje y la suposición de sus virtudes como reservorios de energía espiritual. Pero al presentarlas mediante texturas intensamente trabajadas, la impresión que nos deja no puede reducirse a una mera especulación simbólica. Las pirámides en estas obras nos remiten a un goce existencial que cada cual puede interpretar libremente como disfrute personal de vida.

Pero volvamos a la vocación paisajística de esta creadora en las obras de la presente exposición. Quien quiera sumergirse en la vastedad oceánica de aguas y espacios abiertos, tiene la oportunidad de hacerlo en una realización donde los azules predominan y estimulan la más serena contemplación. Quien pretenda respirar la atmósfera de un jardín que es la suma de todos los jardines posibles e imposibles, lo tendrá a su alcance en esas flores que estallan con la pasión de un fuego tenue e inspirador.

El único límite impuesto por Mabel Poblet es la circunferencia. Todo cabe en ella y fuera de la armazón circular nada existe. Esta es la frontera preestablecida para que nada escape a la imaginación. Esta es para la artista la definición del ciclo vital. Los materiales utilizados responden también a ese principio. Recortes fotográficos, láminas de acetato, fijadores y otros elementos interactúan como soportes de esas visiones concéntricamente estructuradas, como si los fragmentos respondieran a la lógica de una fuerza de una dinámica aglutinante de la que nunca pudiéramos prescindir.

Pero para no agotarse en si misma, la artista abre una puerta sorprendente en la secuencia expositiva. Una obra que ella considera un espacio "penetrable" pero que no es más que una instalación performática, nos introduce en otra dimensión estética. El espectador deja de ser tal para convertirse en protagonista directo de su propio viaje,

inmerso en un espacio de laminas, espejos, luces y sombras en la que él mismo experimenta la progresión del viaje, acompañado de sonidos que complementan la aventura sensorial. La visión, el tacto y el oído despliegan sus potencialidades, en un binomio al que la Poblet ha incorporado el talento creativo de Andrés Levin, productor y compositor norteamericano de origen venezolano con probadas credenciales en la música de fusión y su aplicación a las artes escénicas.

Todo viaje es una forma de conocimiento. Mabel Poblet no regresa a Ítaca con las manos vacías, las trae llenas de imágenes pletóricas de significación y belleza. Estoy segura de que esta cosecha dejará una profunda huella en la sensibilidad de quienes se apropien de estas imágenes y a partir de ellas sean capaces de emprender otros viajes, sus viajes.

Virginia Alberdi Benítez

La Habana, junio de 2018